BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

# AMISTAD A RÉDITO

JUGUETE CÓMICO, EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el Teatro de Variedades en la noche del 25 de Noviembre de 1881.



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

# AMISTAD Á RÉDITO

JUGUETE CÓMICO, EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el Teatro de Variedades en la noche del 25 de Noviembre de 1881.



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| Sabina | Sra. Rodriguez (D.ª C.) |
| Milagro | Srta. Rodriguez (D.ª L.) |
| Leon | Sr. Lujan. |
| Pablo | » Mariscal. |
| Casimiro | » Ruesga. |
| Marcelino | » Lastra. |
| Dos hombres (no hablan.) | |

Época actual.



Imprenta de Alvarez hermanos, San Pedro, 16.

# ACTO PRIMERO.

La escena representa la sala de un hotel. Tres puertas numeradas; otra al foro sin número, y una ventana practicable á la izquierda. Muebles lujosos.

## ESCENA PRIMERA.

LEON, despues MARCELINO.

LEON. (*Entrando apresuradamente.*) Nadie, ¡camarero! ¡Marcelino! .. ¡Que si quieres!... Si cuando más falta hacen... ¡Camarero!

MAR. ¿Qué se ofrece?

LEON. ¡Gracias á Dios! A ver, enseguida, á escape, prepara la cama del señorito Pablo.

MAR. ¿La cama?

LEON. Sí, la cama, ó el catre, ó lo que fuere; pero anda, anda, no te detengas.

MAR. Pues, ¿qué ocurre?

LEON. Casi nada; que traen herido á Pablo.

MAR. ¿Herido?

LEON. Sí, hombre, sí; herido, y de gravedad desgraciadamente. Le ha tirado el caballo, ¡figúrate tú!

MAR. ¡Que le ha tirado! Pues ¿cómo, si es tan buen ginete?

LEON. Por las orejas, hijo, por las orejas; pero anda, déjate de preguntas y corre á hacer lo que te he mandado.

MAR. Ahora mismo.

LEON. ¡Ah! Marcelino... Pon un colchon más, que esté la cama bien mullida... ¡Ah! Y tres almohadas, que tenga la cabeza en alto. Anda, corre, corre.

MAR. Voy... ¡Pobre señorito! (*Mútis.*)

## ESCENA II.

LEON.

Sí, pobre señorito y pobre de mí! Vamos, que esto de correr trás un hombre cuatro dias seguidos, y encontrarle, al cabo de ellos, en ese estado, es cosa que á mí solo me pasa! Porque se muere, no me cabe duda, y se muere con el solo intento de perjudicarme. Voy á perder de un golpe mi mejor amigo y mi mejor dinero... Pero, ahí está... (*Hablando por la puerta del foro.*) ¡Eh! Alto, alto un instante. Cerraré la ventana, no sea que el aire colado... (*La cierra y vuelve al foro.*) Ya pueden ustedes pasar... ¡Cómo viene! ¡Pobrecillo!

## ESCENA III.

LEON y PABLO.

(*Este último como desmayado en una silla que conducen dos hombres.*)

LEON. ¡Pablo, Pablito!

PABLO. ¡Ay!

LEON. Se queja el infeliz. Querido amigo, ¿no me conoce usted?

PABLO. ¡Ay!

LEON. No me conoce, no; si me conociera, malo y todo, echaria á correr enseguida.

PABLO. ¡Ay!

LEON. Pásenle ustedes á esa habitacion... (*Le llevan.*) ¡Marcelino! ¡Qué penas, señor, qué penas! (*Vánse.*)

## ESCENA IV.

SABINA y MILAGRO.

MIL. No veo á nadie.

SAB. Pues ha entrado mucha gente, estoy segura de ello: he oido las pisadas.

MIL. Siempre será aprension de usted, que es lo más medrosa...

SAB. ¿Qué habia de ser aprension? Pero, mira, mira... (*Tratando de huir al ver á los dos hombres que trajeron á Pablo y se marchan ahora.*) ¡Dos hombres desconocidos!...

MIL. (*Deteniéndola.*) Mamá, ¡por Dios!

SAB. ¡Y salian del cuarto de Pablo! ¿Si le habrán secuestrado?

MIL. ¿Secuestrado? Já, já, já...

SAB. ¿Te ries?

MIL. Ya lo creo. ¡Secuestrar á Pablo! Como no le llevasen en el bolsillo.

SAB. ¡Quién sabe!

MIL. Calla, calla mamá...

SAB. Tú no conoces Madrid, hija: aquí hay gente para todo.

## ESCENA V.

DICHAS, y LEON.

LEON. (*En la puerta del cuarto y mirando hácia adentro.*) No le hables, no le muevas, no te separes un instante

de él. Si llaman los demás huéspedes, que llamen, no te importe...

SAB. ¡Vaya un consejo!

LEON. Te recompensaré expléndidamente. ¡Adios! Dentro de dos minutos estaré aquí con el médico.

SAB. ¿Cómo?

MIL. ¿Qué ocurre?

LEON. Una desgracia, una gran desgracia.

SAB. Ya sé, que no ha encontrado usted todavía á Pablo.

LEON. ¡Ojalá, señora!

MIL. ¡Qué! ¿Le encontró usted, por fin? Que sea enhorabuena.

LEON. ¡Ay! Fué en hora mala...

MIL. Pues, ¿qué ha ocurrido?

SAB. Diga usted...

LEON. ¡Chist! Hablen ustedes bajo. Háganme ustedes el favor de quedarse roncas por unos dias.

MIL. Pero, ¿qué pasa?

SAB. Hable usted, si quiere.

LEON. En seguida... Pablo está moribundo.

SAB. ¿Eh?

MIL. ¿Moribundo?

LEON. De arriba á abajo; como usted lo oye.

MIL. (*Afectada.*) ¡Dios mio!

LEON. (*Id.*) Por la Vírgen, señorita, no me aflija usted más de lo que estoy. Se me puede ahogar con un caballo... digo...

SAB. Pero moribundo...

LEON. Sí, señora, sí; porque, dada su situacion actual, una de dos, ó se muere, ó sana... con que me parece que más moribundo...

SAB. Pero, ¿quiere usted contarnos lo que ha sucedido?

LEON. Muy brevemente será, porque tengo prisa.

MIL. Bien, bien, lo más brevemente posible, eso es lo que deseamos.

LEON. Bueno; pues ya ustedes saben que yo, busca que busca, no podia dar con Pablo, á pesar de haberme venido á vivir á esta fonda, la misma en que él habita.

MIL. Sí, sí.

LEON. Parecíamos líneas paralelas; no nos encontrábamos nunca. Pues bien, esta tarde me dijeron que habia ido á pasear á caballo. Entré en un simon, y me fuí al Retiro, ¡allí debia estar! Me daba en la nariz. A fuerza de seguirle el rastro he llegado á adquirir narices de perdiguero. En efecto, en cuanto llegué al paseo, ví á Pablo sobre un hermoso tordillo, que por cierto no debia ser suyo. Me apeé tan de prisa, que no pagué al cochero, y eché tras él: el tordillo caracoleaba, yo iba tambien caracoleando de emocion: de pronto el tordillo se levantó de manos; yo, sin darme cuenta, me puse á cuatro piés: estaba tembloroso, ¡con qué gusto me hubiera cambiado en aquel instante por el animal!

SAB. ¿Para qué?

LEON. Para llevar á Pablo sobre mis espaldas sin que corriera ningun riesgo.

MIL. Por favor, concluya usted...

LEON. En seguida: el tordillo dió un salto espantoso: Pablo perdió los estribos, yo perdí la cabeza.

PABLO. ¿Eh?

LEON. No se asuste usted, la encontré en seguida, aquí está. Pablo cayó al suelo, corrí á él, intenté levantarle, abrió los ojos, me miró, y cayó en mis brazos.

MIL. ¿Y dónde está?

LEON. En su cuarto. En seguida le separé de la carretera y le hice traer aquí. Si no acudo tan á tiempo le destrozan los carruajes.

SAB. ¡Pues no sabe el pobre lo que le debe á usted!

LEON. Sí lo sabe, ¡vaya si lo sabe! Le he enseñado la cuenta muchas veces.

SAB. ¿Eh?

MIL. ¿Qué dice usted?
LEON. ¡Uy! Nada, nada, no sé lo que hablo. (Enseñé la oreja.) Conque voy por el médico, por D. Casimiro.
MIL. Sí, sí, vaya usted...
LEON. Por Dios, mucho silencio.
SAB. Pierda usted cuidado.
LEON. ¡Ay, qué desgracia para mí! *(Mútis.)*

## ESCENA VI.

SABINA y MILAGRO.

SAB. ¡Pobre jóven!
MIL. Mamá, yo quisiera verle, aunque sólo fuera un instante.
SAB. ¿Qué dices? Una niña soltera no debe entrar jamás en el cuarto de un jóven, soltero tambien.
MIL. Pero este es un caso escepcional.
SAB. Aunque lo sea, ¿acaso verias á Pablo en la cama sin ruborizarte?... Habla.
MIL. Creo que sí.
SAB. ¡Jesús María! ¡Qué juventud! ¡Para que una muchacha de mi tiempo dijera eso! Podria pensarlo; pero ¿decirlo? jamás.
MIL. Pablo no es para nosotras como un hombre cualquiera.
SAB. Cierto, tienes razon en parte: no creas que le escatimo el derecho que le asiste á nuestra gratitud: ¡sin su valor nos hubiéramos ahogado en el Guadalquivir! Pero eso no quita para que, guardando las formas, no demos el menor pretesto á la maledicencia.
MIL. ¡Siento tanto su desgracia!
SAB. Ya lo sé, y yo tambien la siento, aunque no tanto como tú, que la sientes demasiado.
MIL. ¿Demasiado?

SAB. Sí: ¿piensas que yo estoy ciega? ¿Crees acaso que no he visto que Pablo te ama? ¿Te figuras que le dí crédito, cuando al saber en Sevilla nuestro viaje, dijo que daba la casualidad de que él tambien tenia que venir á Madrid?

MIL. Luego usted presume...

SAB. No presumo, sé lo que pasa...

MIL. Entónces...

SAB. Entónces nada, no te regocijes. Cierto que no consentiré que te muestres arisca con Pablo, eso no; pero tampoco he de permitir que animes sus propósitos con la menor esperanza, una vez que has de casarte con otro la semana que viene.

MIL. ¡Dios mio!

SAB. No hay más remedio; lo prometido es deuda, y á eso hemos venido de Sevilla, ya lo sabes. ¡Pues seria bueno que fuéramos á dejar mal á tu padre, que sólo espera que fijemos dia para venir á apadrinar tu boda!

MIL. ¡Si esa boda me repugna!

SAB. Haberlo dicho antes.

MIL. Cuando no conocia á Pablo, me era indiferente, y quise complacerles á ustedes; pero ahora...

SAB. Pues ya no es tiempo de arrepentirse.

MIL. ¿De modo que desairaria usted á Pablo si una vez restablecido le pidiese á usted mi mano?

SAB. Desairarle, no; porque no seria desaire decirle con franqueza: Amigo mio, lo siento: yo veria con mucho gusto á mi hija casada con usted; pero ha llegado usted tarde; está prometida hace tiempo.

MIL. No me queda ninguna esperanza.

SAB. Ninguna: en un solo caso podríamos recojer decorosamente nuestra palabra; si resultare que Casimiro no fuera tan honrado y formal como suponemos, y eso...

MIL. ¡Dios mio, cuántas contrariedades juntas!

SAB. ¡Tonterías, Milagro! Vaya, vaya, á nuestro cuarto, no

entre aquí cualquiera, te vea gimotear é imagine lo que no es. Anda, anda. (*Mútis las dos.*)

## ESCENA VII.

PABLO y MARCELINO.

PABLO. ¡Quita de ahí!

MAR. Pero, señorito, ¿se ha vuelto usted loco?

PABLO. No, hombre, no.

MAR. Entónces ha sanado usted de milagro.

PABLO. Tampoco... ¡Aaaah! No me mires con esa cara de bruto; bien que no tienes otra.

MAR. Es que estoy en Babia.

PABLO. Lo creo, es tu pueblo, y le tendrás cariño.

MAR. Pero, ¿no está usted herido?

PABLO. ¡Qué he de estar! ¿No lo ves? Una ligera contusion en un brazo, nada.

MAR. ¿Y por eso sólo perdió usted el sentido?

PABLO. No pierdo yo el sentido ni por eso ni por ninguna otra cosa: me sucede lo que á tí; es decir, precisamente lo que á tí, no; porque tú no le perderás nunca, porque no le tienes.

MAR. Pero si no estaba usted herido, ¿cómo permitió usted que le trajesen de aquella manera?

PABLO. ¡Tonto! Porque sentado en la silla venia más cómodo que andando.

MAR. No lo entiendo.

PABLO. Hombre, ¿con que no entiendes que se vaya más cómodo en coche que á pié? ¡Si serás bruto!

MAR. No digo eso; lo que yo digo es que usted se cayó del caballo...

PABLO. Sí: ¿y qué?

MAR. Y que se dió usted un gran golpe.

PABLO. Es verdad; pero no fué contra el suelo.

MAR. ¿Pues contra dónde fué?

PABLO. Contra... Don Leon.

MAR. Que no le entiendo á usted, vamos.

PABLO. Ven acá, gran botarate, oye y me entenderás: Don Leon, ese leon con piel de oveja, es mi acreedor más implacable.

MAR. ¡No me diga usted!...

PABLO. Aunque no te lo dijera, lo seria: figúrate tú qué golpe recibiria yo al verle!

MAR. Pues si yo creí, y él lo decia, que era su mejor amigo de usted.

PABLO. Ha dicho, no sé quién, que no hay más amigos que el dinero y los libros; y yo me figuro que confiaria en la amistad de los libros, porque se pueden vender y convertir en oro.

MAR. Pero, ¡si Don Leon se interesa tanto por su salud de usted!

PABLO. Claro, como que soy su hipoteca.

MAR. ¡Buena hipoteca!

PABLO. Y si por cualquiera incidente desaparezco, como no estoy asegurado, pierde la cantidad que para él represento.

MAR. ¡Ah!

PABLO. Estos usureros hilan muy delgado, Marcelino.

MAR. Sí, sí, ya veo; pero lo que yo no me explico, es por qué usted, que vivia traquilo por Andalucía, ha venido á meterse en la boca del lobo.

PABLO. Yo me permito el lujo de tener corazon; ¡un lujo que en el dia se permiten pocas personas! Y mi corazon, á su vez, se ha permitido el lujo de enamorarse...

MAR. Y eso, ¿qué tiene que ver?...

PABLO. Apenas... Yo he venido á la córte por Milagro.

MAR. Sí, por milagro; habrá usted venido por el tren; porque lo que es los milagros que usted haga...

PABLO. Marcelino ¡cómo progresas! Cada vez eres más cernícalo.

MAR. ¿Por qué?

PABLO. Porque sí; aquí no hay más Milagro que la jóven sevillana que ocupa esa habitacion.

MAR. ¡Ah! ¿Es esa?... ¡Buen bocado!

PABLO. No abras la boca, que no le has de comer tú.

MAR. Ya, ya lo sé.

PABLO. Y creo que tampoco yo: el recuerdo de Don Leon es para mí una especie de nudo en la garganta...

MAR. Y á propósito, ¿qué va usted á hacer cuando vengan el viejo y el doctor?

PABLO. ¡Qué sé yo! Esa es la más negra.

MAR. ¡Silencio! Oigo ruido en este corredor; ellos deben ser...

PABLO. ¡Cáspita! ¡Qué compromiso! Me va á poner aquí en vergüenza... Y se enterará Milagro: ¿por dónde huyo?

MAR. No hay más salida que esa...

PABLO. La ventana... ¡Caracoles! Piso tercero... ¡Ah!... Seguiré mi papel de enfermo. *(Se echa en una butaca.)* Oye, diles que he saltado de la cama sin que lo pudieras evitar.. Un ataque...

MAR. ¡Chist! Que están ahí ya.

## ESCENA VIII.

DICHOS, LEON y CASIMIRO.

LEON. Pase usted, doctor.

CAS. Gracias.

LEON. ¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿Quién ha traido aquí á Pablo?

MAR. Nadie, se ha venido él solo...

LEON. ¿Solo?

MAR. Sí señor, le dió un ataque terrible en cuanto usted se marchó; yo quise sujetarle, pero con una mano echó abajo la ropa de la cama, con otra me separó á mí, y con otra se incorporó.

LEON. Hombre, para eso hacen falta tres manos... Pero, ¿qué

veo? Le tienes entre puertas: ¡pues le vendrá bien la comunicacion! (*Las cierra.*)

CAS. Vamos, explique usted todo lo que ha hecho.

MAR. Pues le dió ese ataque y puso los ojos muy espantados, así como usted los tiene ahora, y empezó á vestirse y á decir que se marchaba de esta casa.

CAS. Deliraba, sin duda.

LEON. Sí, señor, deliraba, porque él en su juicio nunca se ha marchado de ninguna fonda, siempre le han tenido que echar de todas.

CAS. Bien, ¿y qué más?

MAR. Pues nada, que llegó á esta sala y ahí cayó, y ahí se ha estado como ustedes le ven.

LEON. ¡Pobrecillo! ¡Cómo se le conoce en la cara lo que padece!

CAS. En efecto; la enfermedad sale siempre al rostro.

PABLO. (¡Qué bárbaros!) (*Se echa á reir.*)

MAR. (¡Adios!)

LEON. ¿Eh?

CAS. No se asuste usted, risa nerviosa, eso no vale nada.

LEON. ¡Siempre de tan buen humor! ¡Mire usted que estarse muriendo y reirse todavía!

CAS. Vaya, vaya, no hay que apurarse. Sepamos de qué proviene la enfermedad.

LEON. Estaba paseando á caballo, y se cayó.

CAS. ¿Y cómo fué la caida?

LEON De *latiguillo.*

CAS. Está bien: ¿habla?

MAR. No, señor.

CAS. Entonces, ¿cómo dijo antes que se iba de esta casa?

MAR. Por señas, y...

LEON. Delirando, hombre.

MAR. Eso es, delirando, delirando.

CAS. Bueno: le reconoceremos.

PABLO. (Aquí va á ser ella.) (*Se mueve.*)

CAS. Veamos ante todo el pulso...

LEON. Sí, sí, véale usted.

CAS. ¡Uy, que nervioso está!

MAR. Mucho: antes se llevó así más de media hora.

CAS. Don Leon, y usted, camarero, sujétenle ustedes un poquito.

LEON. Voy, voy en seguida. (*Al cojer á Pablo éste le da una bofetada.*) ¡Cáscaras!

CAS. Aumenta en violencia el ataque.

LEON. Y diga usted, doctor, ¿todos los que padecen de eso manejan así los brazos?

CAS. Sí, señor, todos.

LEON. ¿Y ha visitado usted á muchos?

CAS. A muchísimos.

LEON. ¡Pues apenas habrá usted llevado bofetadas en su vida!

CAS. Algunas. Pero á ver, á ver si ustedes le pueden sujetar y consigo tomarle el pulso.

PABLO. (¡Esta es la mia!)

LEON. ¿Y si repite?

CAS. Vaya usted con cuidado.

LEON. (*Acercándose con cautela.*) Pablo, Pablito, que soy yo, Leon, su mejor amigo de usted: vamos, ahora. (*Se repite el juego anterior.*) ¡Zambomba!

CAS. Hombre, ¡qué torpeza! Siempre pone usted la cara en el sitio por donde él va á pasar la mano.

LEON ¡Quiá! No, señor, al revés: siempre pasa él la mano por el sitio donde yo tengo la cara.

CAS. Pues á nosotros dos no nos pega.

LEON. En cambio, me zurre á mí por los tres.

CAS. Pues si usted no le sujeta, no podré reconocerle.

PABLO. (Y no me sujetarán.)

LEON. Pues nada, que vengan todos los criados de la fonda, y los huéspedes, si se necesitan. ¡Manuela! ¡Francisca! ¡Paco! ¡Rufino!

CAS. No grite usted tanto.

## ESCENA IX.

DICHOS, SABINA y MILAGROS.

SAB. Ahora no será aprension mia: ¿qué pasa?

MIL. ¡Dios mio! ¡Pablo!

PABLO. (¡Ella!)

CAS. (*Saliéndolas al encuentro.*) Doña Sabina, Milagro, á los piés de ustedes.

LEON. (*A Marcelino.*) Anda, agárrale tú, que á tí, aunque te pegue, no importa.

MAR. ¡Me gusta!

LEON. ¿Te gusta? Pues mejor que mejor.

CAS. (*A Sabina y Milagros, con quienes ha estado hablando.*) No, como médico: ni mi futura esposa, ni mi futura mamá tienen que agradecerme la visita.

SAB. Bien, bien. ¿Pero qué tiene Pablo? ¿Está grave ó no?

CAS. Aun no lo sé.

LEON. (*A Casimiro.*) Nada, no cesa de moverse.

CAS. Y así, claro, no le puedo reconocer.

MIL. Pues hay más que sujetarle.

CAS. Lo hemos intentado inútilmente.

SAB. ¡Qué! ¿No han alcanzado ustedes nada?

LEON. Sí, señora, algo sí; yo he alcanzado un par de bofetadas soberbias.

SAB. ¡Vamos!

CAS. Dice la verdad.

MIL. Pues yo no creo tan difícil sujetarle.

LEON. Pues lo es, lo es, señorita.

MIL. ¿A que consigo yo más que ustedes?

SAB. ¡Milagro!

CAS. ¿Va usted á intentar?

MIL. Sí, señor. (*Toma la mano de Pablo.*)

LEON. (La deshace la cara, se la deshace.)

SAB. Pero una jóven...

CAS. Déjela usted, ¿qué importa?

MIL. ¡Qué exagerados son ustedes! Ni se mueve siquiera.

LEON. Cuidadito con el rostro: mire usted...

CAS. Pues á reconocerle enseguida.

LEON. Sí, sí, aproveche usted esta calma, y usted (*á Milagros*) ¡mucho ojo!

CAS. El pulso está casi bien; veamos ahora si tiene alguna herida. (*Le toca las piernas; los demás miran absortos: Pablo besa en la mano á Milagros.*)

LEON. ¿Eh?

SAB. ¿Qué ha sido eso?

CAS. ¡Milagro!

MIL. Nada, nada, es que...

MAR. Se está chupando una muela.

LEON. Eso es, y como ella se chupa la muela, crees tú que nosotros nos chupamos el dedo.

CAS. ¡Don Leon!

SAB. ¿Presume usted acaso?

LEON. Nada; me contento con observar que el delirio no le impide distinguir de sexos.

SAB. ¿Por qué dice usted eso?

LEON. Por nada, porque á esta señorita no la pega.

MIL. (¡Dios mio!)

CAS. (*A Sabina.*) No le haga usted caso. (*Vuelve á recono cer.*) Pues por aquí no hay nada. (*Suena un segundo beso.*)

LEON. Señorita, observo que se chupa usted las muelas demasiado, y es lástima, porque se le van á usted á cariar.

SAB. ¡Que fea costumbre!

LEON. Es costumbre, ¿eh?

SAB. Sí, señor.

LEON. Pues que no la olvide.

MIL. (¡Qué vergüenza!)

CAS. Don Leon, ruego á usted que no se permita suponer nada que pueda ofender á esta jóven.

LEON. ¡Líbreme Dios! Pero ¡qué rareza! Con ser yo el abofeteado tiene esta jóven las mejillas más encendidas que yo.

SAB. Claro, la hace usted ruborizar con sus malignas sospechas.

CAS. Basta, basta, que voy á recetar.

LEON. Sí, sí, cuanto antes, doctor.

CAS. Bien; pues, ante todo, le acuestan ustedes, y para que no pretenda levantarse otra vez, que le pongan una camisa de fuerza.

PABLO. (¡Aprieta!)

CAS. Despues le aplican ustedes un par de sinapismos.

PABLO. (¡Zape!)

CAS. Bien cargados de mostaza ¿eh?

PABLO. (¡Cáspita!)

CAS. Luego, ya veremos.

LEON. Pues enseguida, enseguida. Anda, Marcelino, ve á buscar esas cosas.

MAR. Voy, voy. (¡Pobre señorito! ¡Bueno le van á poner!) (*Mútis.*)

## ESCENA X.

DICHOS, menos MARCELINO.

PABLO. (Este me va á poner malo de veras.)

SAB. Pero, ¿está grave ó no?

LEON. Sí, sí, ¿está grave?

CAS. Aún no lo puedo asegurar; pero me parece que sí.

MIL. ¡Dios mio!

LEON. ¿Corre peligro su vida?

CAS. Me parece que sí.

PABLO. (*Que se habrá levantado sin que le oigan, entrando en el grupo.*) Pues está usted en un error.

SAB. ¡Jesús!

MIL. ¡Pabló!

CAS. El delirio otra vez.

LEON. A ver, la camisa de fuerza en seguida.

PABLO. (*Riéndose*) No se asusten ustedes. Acérquense, que no deliro: estoy bueno y sano.

LEON. ¡Que no delira!

CAS. ¡Infeliz!

PABLO. Doctor, aquí no hay más que un infeliz; usted.

CAS. Engañaria á cualquiera, ¿verdad?

PABLO. Sí, á cualquiera que creyese enfermo... Pero ¡qué asustados se han quedado ustedes! ¿No han comprendido aún que mi dolencia ha sido una broma?

SAB. ¿Broma?

MIL. ¿Cómo? (*Casimiro hace signos negativos á las señoras.*)

PABLO. No, no niegue usted con la cabeza... Estoy en perfecto estado de salud.

LEON. Pablo, Pablito, ¿es cierto? ¿No le duele á usted nada? ¿No delira usted?

PABLO. No, señor.

LEON. ¡Dios mio, qué satisfaccion! Pablo, venga usted á mis brazos. (*Le abraza.*)

PABLO. (¡Si no hubiera más que ahogarle!)

LEON. ¡Yo que le lloraba á usted por muerto!

SAB. Pero estoy perpleja: ¿á qué ha venido todo esto?

MIL. Ciertamente.

CAS. ¿A qué? A que se alegran ustedes demasiado pronto, á que confunden ustedes la salud con un acceso nervioso.

LEON. ¡Y sigue en sus trece! (*Riéndose.*)

PABLO. (*Riéndose.*) Ya lo veo.

CAS. Sí, señores, sigo y seguiré: ¡que no está malo! Si lo sabré yo, que soy médico mejor que él, que no lo és.

LEON. Pero hombre de Dios...

PABLO. Déjele usted...

SAB. ¡Casimiro!

MIL. (Ha estado gracioso.)

CAS. Señoras, ustedes lo han visto; se me ha querido burlar; no importa; la ciencia triunfa siempre. ¿Que no está usted malo? Bueno; yo aseguro que lo estará usted algun dia...

LEON. Lo que es eso...

CAS. Y en fin... me voy. Hasta luego, señoras. (*Mutis.*)

## ESCENA XI.

DICHOS, ménos CASIMIRO.

LEON. Va como si le hubieran puesto banderillas. ¡Já, já, já! ¡Qué Pablo! ¡Si tiene una gracia!

SAB. Ha sido una broma pesada en extremo.

PABLO. Siento mucho que á ustedes se lo haya parecido.

LEON. ¿Qué ha de ser pesada? Pues si yo aún me estoy muriendo de risa.

PABLO. Usted ve con buenos ojos todo lo que yo hago...

LEON. Eso sí, porque el cariño...

PABLO. (*Aparte á Leon.*) Si habla usted de la deuda, le acogoto.

LEON. (*Id. á Pablo.*) ¡Quiá! ¿Quién se acuerda de eso?

SAB. Pues nosotras deploramos haber presenciado la anterior escena. ¿Verdad, Milagro?

MIL. Sí, señora.

LEON. (Otra le queda.)

SAB. Apreciamos demasiado á Casimiro para ver sin disgusto cómo se le ha puesto en ridículo.

PABLO. Perdonen ustedes; si yo hubiera sospechado siquiera...

LEON. Pero si es un majadero. ¿Verdad, Pablito?

SAB. Don Leon, haga usted el favor de no calificarle de ese modo delante de mí.

LEON. Bueno, no le calificaré; pero él seguirá siendo majadero.

SAB. Está usted hablando del que muy pronto será marido de mi hija.

PABLO. ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Es eso verdad?... Milagro...

SAB. Me lo ha oido usted á mí.

PABLO. Desearia que me lo dijese ella.

SAB. Ella no dirá ni sí ni no.

LEON. Entonces no se casa, porque para casarse hay que decir sí, y bien claro.

PABLO. Pero Milagro... Doña Sabina...

SAB. Ya lo sabe usted... Vamos, hija... Anda, anda... (*Mutis las dos.*)

## ESCENA XII.

PABLO y LEON.

PABLO. (*Paseando agitado.*) ¡Qué decepcion! Esto solo me faltaba. Prometida, prometida á otro...

LEON. (*Siguiéndole.*) ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Qué le sucede á usted?

PABLO. Quite usted de ahí: estoy desesperado, desesperado.

LEON. Tranquilícese usted, amigo mio; una sofocacion puede ser perjudicial para su salud.

PABLO. Bien, ¿y qué? ¿Se figura usted que á mí me importa algo morirme?

LEON. ¡Pero me importa á mí!

PABLO. ¿Sí? ¿Usted desea que yo viva?

LEON. Con toda mi alma.

PABLO. Me alegro; ya tengo algo que me haga simpática la muerte.

LEON. Por Dios, no diga usted eso...

PABLO. Vamos, dejémonos de farsas, don Leon; ya nos conocemos; sepa yo de una vez lo que usted se propone hacer conmigo.

LEON. Nada, nada. Durante el tiempo que ha estado usted ausente de Madrid he comprendido cuánto le amo. Así que, al buscarle ahora, no me ha guiado más intencion que la de serle útil.

PABLO. A mí no se me engaña con marrullerías; usted quiere, sin duda...

LEON. Quiero que seamos buenos amigos...

PABLO. (Le llevaré el vaya.) Pues, mi caro usurero, digo, mi querido Leon, seámoslo.

LEON. Gracias. Pues bien; para ser amigos verdaderos hay que tutearse: ¿no le parece á usted?

PABLO. Sí, hombre, sí, tuteémonos. (¿A dónde irá á parar?)

LEON. Principie usted dándome una prueba de confianza.

PABLO. Bien, por eso no te apures. ¿Quieres una prueba de confianza? Préstame mil reales que necesito.

LEON. (¡Cáspita!) ¡Já, já, já! ¡Qué cosas tienes! Esa confianza levanta ronchas.

PABLO. ¡Ah! ¿Lo tomas á broma? ¿No me los quieres dar?

LEON. Sí, hombre, sí; no te sulfures, tómalos. ¿Los quieres en oro ó en papel?

PABLO. (¿Estaré soñando?) Mira, dámelos de las dos maneras,

LEON. ¿Cómo?

PABLO. Mil en papel y mil en oro.

LEON. ¡Dos mil!

PABLO. Sumas bien: sí, dos mil: todo se reduce á que me añadas cuatro ó seis mil á la cuenta.

LEON. Allá van. (*Se los dá.*)

PABLO. (Este hombre se ha vuelto loco.) Gracias, Leon, gracias; ahora creo en tu cariño.

LEON. ¡Incrédulo!

PABLO. *(Abrazándole.)* Nunca, nunca te pagaré...

LEON. Hombre, ¡vaya un agradecimiento!

PABLO. ¡El favor, tonto, el favor! ¿Qué creías? (*Saca la petaca y se dispone á fumar.*)

LEON. ¿Cómo? ¿Del estanco? ¡Quita! (*Le tira el cigarro.*) No

fumes esa porquería. Para enfermar del pulmon. Toma de la Vuelta Abajo... (*Le da su petaca.*)

PABLO. Bueno, bueno, ¡bonita petaca! No tengo ningun recuerdo tuyo, ¿verdad? Pues me la guardo.

LEON. Sí, ¡no faltaba más! ¿Eh? ¿Tos? ¿Qué tos es esa?

PABLO. Un poco de picazon en la garganta.

LEON. Abrígala en seguida. (*Se quita el pañuelo de la garganta y se le pone á Pablo.*) Toma, toma.

PABLO. Pero...

LEON. No hay pero que valga... ¡Ajajá! Mucho cuidado con las tísis laríngeas.

PABLO. (¡Qué solicitud tan extraña!) Díme, ¿se ha desarrollado en tí la aficion á la música?

LEON. No. ¿Por qué?

PABLO. Porque he leido, no sé dónde, que la música amansa á las fieras, y...

LEON. ¡Burlonazo! Pero oye, oye, ven acá; ¿por qué te incomodaste ántes tanto?

PABLO. ¡Ay! Me has herido aquí, Leon.

LEON. ¡Yo! ¿Cómo? ¿Con qué?

PABLO. Con esa pregunta.

LEON. Explícate.

PABLO. Ya viste lo que pasó... Pues bien; de tal modo amo á Milagro, que si se casa con otro, me suicido.

LEON. ¿Qué dices? ¿Te vas á suicidar tú mismo? ¡Dios mio! ¿Y me vas á dejar solo en el mundo?

PABLO. Si tú quieres, no te dejaré.

LEON. ¡No, no quiero que me dejes; que he de querer!

PABLO. Pues nada, te suicido al mismo tiempo que á mí y nos vamos juntos al otro barrio.

LEON. ¡Zambomba!

PABLO. Es la única solucion.

LEON. ¿La única?... No, te equivocas: hay otra: desaparezca la causa y se evitarán los efectos... Cásate tú con Milagro.

PABLO. No deseo otra cosa; pero si has oido...

LEON. ¿Es rica?

PABLO. Muchísimo: su padre es el primer comerciante de Sevilla.

LEON. Pablo, nos casaremos con esa jóven... Digo, te casarás...

PABLO. ¿Cómo?

LEON. Por lo eclesiástico; ahora no hay más medio.

PABLO. Pero...

LEON. Corre de mi cuenta; déjame solo un instante, y lo arreglo todo.

PABLO. ¿De qué manera?

LEON. No te ímporta, vete.

PABLO. No hagas alguna atrocidad, porque entónces,..

LEON. Pierde cuidado.

PABLO. Mira que salgo en seguida.

LEON. Bueno, cuando quieras. (*Váse Pablo.*)

## ESCENA XIII.

LEON.

Manos á la obra. Es preciso deshacer ese matrimonio. Pablo me debe cuatro mil duros; Casimiro sólo mil quinientos. Pablo es más impetuoso y peor pagador que su rival; luego debo preferir á Pablo: esto es lógico. Además, si se mata ¡adios mi dinero! No podrá heredar á su tio, que está á la muerte. ¡Qué poco sospechará él que le aguarda esa fortuna! ¡Si lo sospechára, ya se explicaria mi solicitud! Pero aquí está Casimiro. Es necesario que le atemorice.

## ESCENA XIV.

LEON y CASIMIRO.

LEON. ¡Alto! No vaya usted tan de prisa.

CAS. ¿Todavía? No sé cómo se atreve usted á hablarme despues de lo ocurrido.

LEON. Creo que ya no es posible que le hable á usted nadie antes de lo ocurrido; de modo que tiene que ser despues.

CAS. Tengo pocas ganas de broma, don Leon.

LEON. Tampoco yo tengo muchas ; de modo que podemos hablar en sério, si á usted le parece.

CAS. Diga usted, y pronto.

LEON. Verá usted cómo le voy á parecer escesivamente breve. Es preciso que usted renuncie á Milagro.

CAS. ¡Cómo! ¿A la mano de Milagro?

LEON. A la mano y á todo lo demás.

CAS. ¡Don Leon!

LEON. ¿Qué dice usted?

CAS. ¿Qué he de decir? Que no quiero renunciar.

LEON. ¿Que nó, eh? No sea usted tonto. Verá usted qué pronto le obligo yo...

CAS. ¿Usted?

LEON. Sí, yo, yo. Y con dos palabritas. Tengo un gran talisman para humillar cervices... Verá usted... Mañana será llevado por deudas á los tribunales un médico célebre. ¿Eh? Ya se va usted amansando: ¿no lo decia yo? Pues no es eso solo... Esta tarde pienso enseñar á doña Sabina cierto documento firmado por usted, que tengo aquí. ¿Qué tal, amigo?

CAS. Pues, don Leon, está usted equivocado. No sucederá nada de eso.

LEON. ¿No lo dije? Ya no quiere usted casarse. ¡Já, já, já! Le dirá usted á doña Sabina lo que don Simplicio á Leonor en *La pata de cabra*: renuncio generosamente á la mano de Milagro.

CAS. No le diré tal cosa.

LEON. Bien, dígale usted lo que quiera, con tal que renuncie.

CAS. Es que no renuncio.

LEON. ¿Eh? Pues no hay tu tia, ni tu madre, ni tu abuela; lo dicho, dicho.

CAS. ¡Quiá!

LEON. Sí, ¡quiá! Ya lo verá usted.

CAS. No lo veré, porque le voy á pagar á usted mi deuda ahora mismo.

LEON. ¿A pagarme?

CAS. Sí, señor; precisamente traigo aquí un talon del Banco con ese objeto.

LEON. (¡Zapateta! Me ha salido el tiro por la culata.)

CAS. Tome usted, y venga mi pagaré.

LEON. No señor, no, yo doy dinero en cualquiera parte; pero no lo recibo más que en mi casa.

CAS. Antes era al revés.

LEON. Pues ahora es así.

CAS. Pues yo tengo interés en recoger cuanto antes ese documento.

LEON. Ahora no lo recoge usted, y cuente que es la primera vez que me resisto á tomar dinero.

## ESCENA XV.

DICHOS y PABLO.

PABLO. ¡Hola! Está aquí el doctor. Me alegro.

CAS. (*A Leon.*) Tome usted y venga ese documento.

LEON. No quiero.

PABLO. ¿Qué ocurre?

LEON. Nada, que se empeña en pagarme lo que me debe.

PABLO. Pues cobráselo.

LEON. No quiero.

PABLO. ¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

CAS. ¿Me da usted el pagaré ó no?

LEON. No, señor...

PABLO. A ver, dále el pagaré.

LEON. No quiero.

PABLO. Dásele ó reñimos.

LEON. ¿Reñimos? No sabes lo que me pides... En fin, ahí va. (*Se le da.*)

PABLO. (*A Casimiro*) Ahora venga. (*Toma el talon.*) Siete mil quinientas pesetas... está bien. (*Se lo guarda.*)

LEON. ¿Cómo?

PABLO. No te apures; está en regla... Apunta.

LEON. Ya apunto... pero no doy.

CAS. Ahora... (*Hace ademan de irse.*)

PABLO. (*Deteniéndole.*) No, espere usted un poco.

CAS. ¿Quiere usted recordar acaso?

PABLO. No; sólo quiero decir á usted que amo á Milagro y que no consentiré que se case usted con ella.

CAS. Me tiene sin cuidado; para esa boda no hace falta su consentimiento de usted.

LEON. Verdaderamente; lo que es en ese punto tiene razon.

PABLO. Hace más falta de lo que ustedes presumen; y en cuanto á mí, no toleraria que nadie me dijese lo que acabo de decirle á usted.

LEON. Eso va en génios...

CAS. ¿Me propone usted un duelo, por ventura?

LEON. Por desgracia, diria yo.

PABLO. Me gustará que usted lo crea así.

CAS. Pues creido... y aceptado; ¡que me place, créalo usted!

PABLO. Tambien yo iré á él con alegría.

LEON. ¿Con alegría? No es verdad; nadie va con alegría á que lo maten.

PABLO. Es que yo voy á matarle á él.

LEON. Lo mismo dá; tampoco debe ser plato de gusto matar á un hombre.

PABLO. Quítese usted de enmedio.

CAS. Pronto encontraré padrinos.

LEON. ¡Qué! ¿No le han bautizado á usted todavía?

PABLO. Me alegraré; cuanto antes.

LEON. Pero, señores, señores, van ustedes á matarse cuando todo se puede arreglar satisfactoriamente.

CAS. ¿Cómo?

PABLO. A ver.

LEON. Hay una novia y dos pretendientes, ¿no es así? Pues, hombre, echen ustedes á cara y á cruz, y al que le toque...

PABLO. No digas tonterías.

CAS. No sea usted simple.

LEON. Otra cosa si no: repártanla ustedes.

PABLO. ¿De qué manera?

LEON. Llévese la chica el uno y el otro el dinero.

PABLO. Vaya, no disparates más.

CAS. Lo dicho... (*Mútis.*)

LEON. (*Corriendo tras Casimiro.*) No, señor, nada de lo dicho; porque lo dicho es una barbaridad...

## ESCENA XVI.

PABLO y LEON.

LEON. ¡Ay, Pablo! Te mata, te mata.

PABLO. ¿Por qué?

LEON. Porque es médico.

PABLO. ¿Y qué tiene que ver?...

LEON. Apenas; que ya está acostumbrado á eso.

PABLO. Sí; pero es cuando el otro no se defiende, y yo me defenderé.

LEON. Pero, ¿te batirás al cabo?

PABLO. Naturalmente.

LEON. Eso es, y que te mate con la mayor naturalidad! Pablo, el último favor; nómbrame padrino tuyo.

PABLO. ¿Qué harias?

LEON. ¿Qué haria? Concertar las condiciones del desafío del siguiente modo: armas, la pistola; hora, antes de ama necer; sitio, el bosque más espeso de los alrededores; distancia, cien pasos retrocediendo.

PABLO. Y nos encontraríamos por la espalda.

LEON. No; más probable es que no os encontráseis por ninguna parte, que es lo que yo me propongo.

PABLO. No chochees... ¿Y el honor herido?

LEON. ¡Ah! ¿Conque tienes herido el honor y le vas á curar á pistoletazos?

PABLO. ¡Tonto! Que él me mate ó que me mate yo, ¿qué más dá?

LEON. Mira, Pablo, que si te mata te va á dar mucha tristeza.

PABLO. ¿Despues de muerto?

LEON. Sí. Y no te podrás casar con Milagro.

PABLO. Ya lo sé.

LEON. Además, que no hay igualdad de circunstancias: si tú le matas, le matas á él solo, y si él te pega á tí un tiro, nos mata á los dos, porque yo no te sobreviviré.

PABLO. No te aflijas, hombre.

LEON. ¿No he de afligirme? Por que tú, á lo sumo, podrás disponer de tu vida; pero de la mia, no.

PABLO. ¡Eh! ¡No te darán tan fuertes!

LEON. Sí, sí me darán. El mismo tiro nos matará á los dos. ¡Ah! ¿Y el compromiso en que me pones? Porque si no presencio el duelo, voy á estar unas cuantas horas sin saber si me han matado ó no. (*Llora*).

PABLO. ¡Y que te llames tú Leon! Debias llamarte borrego.

LEON. Es verdad, porque lo soy.

PABLO. Vaya, fuera lágrimas: seamos hombres.

LEON. Ojalá fuéramos mujeres; esas no se baten.

PABLO. Leon, adios.

LEON. Pablo, no me abandones. Me voy contigo.

PABLO. De ningun modo; estoy seguro que me pondrias en ridículo.

LEON. Pues yo no me separo de tí.

PABLO. (Lo veremos.) ¡Adios! (*Sale corriendo y cierra la puerta trás sí.*)

LEON. (*Corriendo trás él.*) ¡Pablo! ¡Pablo!... ¡Ay!... Ha echado el pasador... ¡Pablo!

## ESCENA XVII.

MILAGRO y LEON.

MIL. ¿Qué golpes son esos?

LEON. Se ha ido, se ha ido: me ha dado con la puerta en las narices, en toda la extension de la palabra. Y usted tiene la culpa de todo... Aparte usted, sirena engañadora.

MIL. ¡Yo! ¿Qué habla usted ahí?

LEON. ¡Usted! ¡Usted! ¿Quién le manda á usted ser guapa? ¿Quién le manda á usted ser rica? ¿Por qué no es usted fea y pobre? Vamos á ver, ¿por qué?

MIL. Pero, ¿á qué viene todo eso?

LEON. A que se bate.

MIL. ¿Quién?

LEON. Pablo.

MIL. ¡Pablo! ¡Dios mio! ¿Con quién?

LEON. Con Pablo, ¿no lo oye usted?

MIL. ¿Y el otro?

LEON. ¿Qué me importa el otro, si ya no me debe nada?...

MIL. ¡Santo Dios! De modo... ya entiendo... que Casimiro... y Pablo... y...

LEON. Sí; y usted, y yo... ¡Todos cadáveres!

MIL. ¡Ay! (*Se desmaya sobre D. Leon.*)

## ESCENA XVIII.

LEON, luego SABINA.

LEON. ¡Otra muerta! Y yo aquí encerrado. ¡Camarero! ¡Camarero!

SAB. ¿Qué pasa?... ¡Milagro! ¿Qué es esto?

LEON. (*Dejando sobre Sabina á Milagro desmayada.*) Déjeme usted, señora, que no voy á llegar á tiempo, y se matan, se matan.

SAB. ¡Hija mia!

LEON. (*Golpeando la puerta.*) ¡Marcelino! ¡Marcelino!

TELON RÁPIDO.

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

MILAGRO, SABINA, LEON y MARCELINO.

(*Don Leon aparece sentado en una butaca. Los demás le rodean.*)

LEON. Yo lo que me proponia era evitar el duelo á todo trance.

SAB. Bien; pero, ¿le evitó usted al cabo?

LEON. Pues no faltaba más; sí, señora.

MIL. Pero, ¿cómo se arregló usted?

LEON. Muy sencillamente: dí parte de lo que ocurria á la Guardia civil, y ésta se encargó de todo lo demás.

SAB. ¿De modo que los sorprendieron en el campo del honor?

LEON. ¡Qué en el campo del honor! No, señora. En el campillo de Manuela fué donde los encontraron.

MIL. ¿Y qué?

LEON. Y nada; que les pidieron las cédulas de vecindad, y como no las llevaban consigo, les han traido al Gobierno civil para que identifiquen sus personas.

SAB. ¿Y si hubieran tenido cédulas?

LEON. Pues, ¡que sé yo! Les hubieran dejado batirse, sin duda. Parece ser que, en teniendo cédulas, ya pueden matarse dos hombres sin que nadie les diga una palabra.

MIL. Pero, oiga usted, don Leon; ¿no les impondrán algun castigo por haber intentado batirse?

LEON. ¡Quiá! No, señora. No ve usted que el duelo debia verificarse á pistola y ante testigos. Si se hubieran querido batir á navaja y á solas, ya la cosa sería algo grave.

SAB. Pues, ¿qué más da?

LEON. ¡Apenas! Matar á un hombre de un tiro y delante de gente, es una heroicidad, ¡ya lo creo! Con navaja, y á solas, aunque se haya luchado frente á frente, ¡ya ve usted! es un asesinato.

SAB. Pues, no lo comprendo.

LEON. Ni yo tampoco; pero así debe ser porque todo el mundo lo asegura.

MIL. Lo que yo siento es que acaso no haya usted conseguido más que aplazar el duelo.

LEON. Algo es algo, señorita.

SAB. Ciertamente.

MIL. ¡Un dia es tan poco!

LEON. Pues mire usted, un dia y otro, y otro, componen la vida; ¿qué tal?

SAB. Tiene razon.

LEON. Pero, por Dios, les ruego á ustedes que no digan nada á Pablo que le haga presumir que yo he tomado la menor parte en este asunto.

SAB. Lo que es por nosotras no sabrá nada.

LEON. Sería capaz de reñir conmigo.

SAB. Cuando uno no quiere, dos no riñen.

LEON. Bueno; pero para que suene una bofetada basta que quiera sólo el que la dá.

MIL. Cierto; pero no tema usted.

LEON. Marcelino, punto en boca...

MAR. Por mí... lo que es yo seré mudo.

LEON. ¡Ojalá!

MAR. Muchas gracias.

LEON. No, si lo deseo por tu bien: serías el fénix de los criados.

SAB. Muchas gracias por las buenas noticias, don Leon. Vamos. *(Mútis.)*

LEON. (*Acompañándolas.*) (¡Qué corazones más bellos! ¡Y qué cara la de la niña! No es más linda una moneda de cinco duros nueva.)

MAR. Ahí está ya don Pablo.

LEON Pues anda, vete; déjame á solas con él.

## ESCENA II.

LEON y PABLO.

LEON. (*Viéndole entrar.*) ¡Pablo! (*Intentando abrazarle.*)

PABLO. ¡Quita de ahí!

LEON. ¿Qué es eso? ¿No abrazas á tu mejor amigo?... Pero, ¡estás triste! ¿Has matado á tu adversario y sientes remordimientos!

PABLO. Sí, tengo remordimientos, es verdad; pero es de no haberte aplastado á tí antes.

LEON. ¡Zambomba!

PABLO. Ven acá, Leon. Mírame á la cara.

LEON. ¿Eh?

PABLO. Mírame fijo.

LEON. Bien; pero me van á llorar los ojos.

PABLO. Aunque te lloren. Mírame. ¿Dónde has estado desde que me separé de tí?

LEON. Sin salir de esta misma habitacion.

PABLO. Leon, no mientas.

LEON. Pablo, por Dios, ¿dudas de mi palabra? Pregúntales á doña Sabina y á Milagro, y ellas te dirán...

PABLO. ¡Qué! ¿Han hablado contigo?

LEON. Sí.

PABLO. ¡Y qué! ¿Les dijiste algo de nuestro duelo?

LEON. ¿Algo?... No.

PABLO. Menos mal.

LEON. Se lo dije todo.

PABLO. Leon, eres un majadero.

LEON. Mira, me lo has dicho muchas veces; pero nunca te lo he creido.

PABLO. Pues ténlo por seguro: palabra de honor.

LEON. Pero, ¿no me cuentas en qué quedó el desafío?

PABLO. ¡Hipócrita! En que avisaste á los civiles, y...

LEON. ¡Pablo! Te juro que yo no he avisado á nadie...

PABLO. No lo niegues; si me lo dijo un guardia.

LEON. ¿Qué te dijo?

PABLO. Hemos sabido esto por su padre de usted; y mi padre no puede ser otro que tú.

LEON. ¡Pablo! ¿Yo tu padre? Demasiado te consta que soy soltero y honrado.

PABLO. No pienses que va á quedar tu jugarreta impunc.

LEON. Pues...

PABLO. Por de pronto tienes que pagar dos mil reales que me ha impuesto de multa el gobernador.

LEON. (¡Cáspita!)

PABLO. Y mañana se verificará el duelo en sitio donde no puedan sorprendernos.

LEON. ¿Cómo? Mira, paso por darle esa muela, digo, esa multa; pero no paso por que insistas en batirte, eso no.

PABLO. No hay remedio.

LEON. ¡No ha de haberle! ¿Y si Casimiro renunciase á la mano de Milagro?

PABLO. Pero como no renunciará...

LEON. ¿Quién sabe? Acaso yo me arregle de modo...

PABLO. Desconfío de tus estratagemas, Leon. Recuerda cómo te salió la de antes.

LEON. Es que ahora... Tú crees que yo no tengo talento, ¿verdad? Pues le tengo.

PABLO. Como nunca le enseñas...

LEON. Le enseñaré, ya verás. Te prometo que Casimiro ha de desistir de casarse.

PABLO. Sí, cuando yo le pegue un tiro.

LEON. Antes. ¡Pues vaya una gracia que tendria el que desistiese despues de muerto!

PABLO. No te hagas ilusiones: el desafío es inevitable.

LEON. No lo creas. Mira, yo conozco á Casimiro, y sé que sólo busca el dote de Milagro. Es un calavera lleno de deudas y sin un real.

PABLO. Sin embargo, á tí te ha pagado, cosa que yo no he hecho ni pienso hacer...

LEON. ¡Pablo!

PABLO. Tan pronto, hombre, tan pronto.

LEON. Déjate de bromas, y escucha mis proyectos. Si yo le cuento á doña Sabina la historia privada de su futuro yerno, y si por otra parte le digo á él que el padre de Milagro ha quebrado, quedándose sin un céntimo, ¡adios matrimonio! Se le lleva Barrabás.

PABLO. Hombre, no está mal pensado eso.

LEON. ¿Eh? ¿Tengo talento ó no?

PABLO. Talento... ¡pesst! Pero no se te puede negar un gran instinto. De todos modos me has propuesto dos traiciones, que juntas, sólo caben en cabeza de prestamista.

LEON. Pero las aceptas, ¿eh?

PABLO. Una sola, la segunda: no soy más que la mitad de malo que tú, y aún me parece mucho. Quiero probar á Casimiro, y si no le guía más móvil que el interés, salvar á Milagro.

LEON. Pero sin perderte tú.

PABLO. Naturalmente.

LEON. Pues bien; no tengas cuidado: ese dote será nuestro.

PABLO. ¿Cómo nuestro?

LEON. Tuyo, tuyo quise decir. (Pero sacaré parte.)

PABLO. No te deslices. (Buen chasco te espera.) Pero, volviendo á Milagro, ¿se afligiría mucho cuando tuvo noticia de nuestro duelo?

LEON. Muchísimo. Casi tanto como yo.

PABLO. ¡Pobrecilla! ¿Y de quién se acordaba más, de Casimiro ó de mí?

LEON. Igual de uno que de otro.

PABLO. ¡Imposible!

LEON. Sí, tonto. Ella lloraba por su futuro marido, y como aún no sabe cuál de vosotros lo será, para no equivocarse repartia las lágrimas entre los dos.

PABLO. No digas sandeces. ¿Te parece que el llanto es como una libreta de pan, que se parte por donde se quiere?

LEON. No, ¡quiá! ya sé que una libreta de pan vale más que todos los llantos del mundo, puesto que la libreta cuesta dinero, y las lágrimas son gratuitas.

PABLO. Tú no debes haber llorado nunca.

LEON. No he tenido tiempo. ¡Las desgracias me han cogido siempre tan ocupado!

PABLO. Calla, calla, y vete cuanto antes á decir ese embuste á don Casimiro.

LEON. Lo que es eso, enseguida.

PABLO. Ahí te espero, en mi habitacion, no tardes. *(Mútis.)*

LEÒN. Es cosa de diez minutos.

## ESCENA III.

LEON.

Pero, no señor, no voy. Diga Pablo lo que quiera, lo mejor es hablar antes á doña Sabina. Al enemigo se le debe atacar por todas partes... Sí, sí, á doña Sabina con la historia. ¡Ah! Casimiro. Ya no hay remedio... ¡A él!

## ESCENA IV.

LEON y CASIMIRO.

LEON. No pase usted tan sério, don Casimiro. Haga usted el favor...

CAS. ¿Otra vez? Le he dicho á usted ya que no quiero cruzar mi palabra con la suya.

LEON. Pues por eso no se apure usted: hablemos como Dios manda, uno despues de otro, y no se cruzarán nuestras palabras, porque cuando las de usted salgan de sus labios ya las mias habrán llegado á su oido, y viceversa.

CAS. Es usted lo más ruin.

LEON. ¿Ruin? ¡Y me llama ruin! A mí, que en distintas ocasiones le he dado una fortuna.

CAS. ¡Al cincuenta por ciento de interés!

LEON. Justo. ¡Hé ahí otra prueba de mi generosidad! Así, al cincuenta. Pues hombre, á la miseria del ocho ó del diez presta cualquier mercachifle.

CAS. Vaya, déjeme usted en paz.

LEON. De buen grado, si no tuviera que hacer á usted una advertencia.

CAS. Algun embuste...

LEON. (Que tragarás.)

CAS. Venga, venga, que tengo prisa.

LEON. Allá va. Va usted á encontrar á doña Sabina y á Milagro hechas un mar de lágrimas.

CAS. ¡Cómo! ¿Sin duda se han enterado de mi desafío?

LEON. Ya lo creo.

CAS. ¿Se le ha ido á usted la lengua?

LEON. No, señor; ¡qué se me ha de ir la lengua! ¡Si la tengo aquí!

CAS. De todas suertes, corro, corro á tranquilizarlas.

LEON. ¡Alto! No se apure usted; respecto á ese punto están

tranquilas; saben lo oportunamente que se presentó á ustedes la Guardia civil, y...

CAS. Entónces...

LEON. Pero acaban de recibir una noticia horrible.

CAS. ¿Horrible?

LEON. Más aún, archihorrible.

CAS. Me asusta usted. ¿Ha muerto don Simon?

LEON. ¿Don Simon? (¿Quién será don Simon?)

CAS. Hable usted... ¿Ha muerto?

LEON. Calma, calma. (Le mato, porque cuando él ha sospechado en seguida, debia estar enfermo de gravedad.)

CAS. Por Dios, ¿no ve usted mi impaciencia?

LEON. Pues, sí, señor; por desgracia, ha muerto.

CAS. ¡Dios mio! ¡Cómo estará Milagro que queria tanto á su padre!

LEON. (¡Cáspita, que es el padre de la niña!) Oiga usted, hombre, oiga usted: ¿he dicho que ha muerto, verdad?

CAS. Sí, señor.

LEON. Pues no he mentido; pero no ha muerto.

CAS. ¿Cómo se entiende eso?

LEON. Con mucha facilidad. (En buen lio me he metido.)

CAS. A ver...

LEON. No da usted en el *quid*, ¿eh? Pues bien, don Simon—¡pobrecito!—ha muerto moralmente.

CAS. ¿Moralmente? ¿Se ha vuelto loco?

LEON. No, no moralmente; no es esa la frase: ha muerto comercialmente, eso es, comercialmente; me confundí... Como todo acaba en ente.

CAS. Si usted no se explica con más claridad...

LEON. Oígalo usted bien claro, alma de Dios. (Aquí del cañonazo.) El marido de doña Sabina ha quebrado, despues de perder toda su fortuna.. tres ó cuatro millones.

## ESCENA V.

DICHOS y MARCELINO.

(*Este habrá oido las últimas palabras de don Leon.*)

MAR. (¡Cáspita!)
CAS. ¿Eh? ¡Qué dice usted? ¿Es eso verdad?
LEON. (*Viendo á Marcelino.*) ¡Silencio!... (*A Marcelino.*) ¿Qué buscas tú aquí?
MAR. Le traigo á usted esta carta que le envian de casa de don Nicomedes.
LEON. Venga, (*La toma.*) y largo.
MAR. Al momento. (¡Buena noticia les espera á las señoritas! ¡Vaya un disgusto!)
CAS. ¡Qué contrariedad!

## ESCENA VI.

LEON y CASIMIRO.

LEON. ¡Figúrese usted cómo estarán las pobres!
CAS. Pero, ¿cuándo se ha sabido eso?
LEON. Haria media hora que se ha recibido un telegrama de don Simon, que dice: «Quebré,—tres millones,—arruinado,—miseria, —pedir limosna.» Esto último no está bien claro, no se se sabe si dice que tendrán que pedir limosna todos ó si les manda á ellas que la empiecen á pedir ya.
CAS. No tanto, hombre, no tanto.
LEON. ¡Qué se yo! Las quiebras, ya sabe usted; una de dos, ó producen una fortuna inmensa, ó dejan sin un céntimo.
CAS. Eso es verdad.
LEON. Desgraciadamente, la de don Simon parece que está comprendida entre éstas últimas.

CAS. Lo creo: es un hombre honrado.

LEON. (Se tragó el anzuelo.)

CAS. (Pero, ¿no me engañará este hombre, que ya ántes me armó una emboscada?)

LEON. ¿No entra usted á consolar á su futura familia? (No entra. ¡Quiá!)

CAS. Sí... sí... allá voy. (*Echa á andar.*)

LEON. (¡Cáscaras!)

CAS. (*Deteniéndose.*) (Pero si las veo y es verdad lo de la quiebra, ¡qué compromiso!)

LEON. (¿Vacila? No entra.) Vamos, adelante.

CAS. (Lo mejor será que yo ponga un despacho telegráfico á Sevilla... Sí, ante todo averiguaré la verdad...)

LEON. Pero, ¿qué le detiene á usted? Ahora necesitan más que nunca de su compañía esas señoras.

CAS. Verdaderamente, tiene usted razon.

LEON. (¡Caracoles! ¿Si entrará al cabo?)

CAS. Por eso mismo voy á ver á dos enfermos...

LEON. ¡Ah!

CAS. Los únicos que me quedan por visitar, y enseguida vuelvo...

LEON. (Sí, la espalda.)

CAS. Pasaré aquí el resto de la noche.

LEON. Sí, está bien pensado. (Ni en el resto de la vida vuelves tú á tu casa.)

CAS. Pues hasta luego.

LEON. Vaya usted con Dios.

CAS. (Al telégrafo, al telégrafo ahora mismo.) (*Mútis.*)

## ESCENA VII.

LEON.

Va como perro con maza. No vuelve, ¡quiá! le conozco bien, ¡como no vuelva!... Ya tenemos novia... y dote. Peıo leamos la carta que me ha enviado mi primo Ni-

comedes... ¡Hola! Es de Sevilla. (*La abre.*) (*Leyendo.*) «Amigo Leon: Cumpliendo lo que prometí á usted, pongo en su conocimiento que anoche á las nueve falleció en esta ciudad el acaudalado banquero D. Frutos Carreras, legando cuantos bienes poseia á su sobrino el Sr. D. Pablo Carreras y Tonel. Sin otra cosa, etc.» ¡Ay! ¡Gracias á Dios! ¡Cobré! Ya es Pablo rico y tendrá que pagarme. Ahora si quiere batirse, que se bata, ¿qué me importa? Y si le matan, que le maten: ¿á mí, qué? Lo que siento es la mala pasada que, sin necesidad, he jugado á Casimiro. ¡Un jóven tan simpático, que vino á pagarme su deuda sin esperar á que se le muriese ningun tio! ¡Lástima que Pablo se aproveche de mi estrategia!... ¡Hombre! ¿Y por qué no la he de aprovechar yo? Casimiro me ha pagado, Pablo me pagará, quiera ó no, pues que ha heredado buenas fincas que se pueden embargar; de modo que si yo cargase con la chica, que es una perla... ¡Uy, la boca se me hace agua! y con el dote, que no es bicoca ¡negocio redondo! ¡Cáspita! ¡Y qué! ¿No he espantado yo á Casimiro? Pues, ¿por qué no he de espantar á Pablo?... A ver... Si le digo que Casimiro, además de no renunciar á Milagro, asegura que él es un cobarde que avisó por sí mismo á la Guardia civil, de seguro corre enseguida á buscarle, y hay duelo, de fijo. Y si muere por que muere, y si mata por que mata, y tendrá que huir, queda, de todos modos, el campo mio. ¿Eh? Que diga despues Pablo que no tengo talento.

## ESCENA VIII.

SABINA Y LEON.

LEON. (*Viendo á Sabina.*) En guardia.
SAB. ¡Ah! ¿Está usted aquí? Me alegro.

LEON. Gracias. (Comienza el ataque.)

SAB. ¡Estamos alarmados! Tan tarde y Casimiro sin venir. ¿Sabe usted algo de él?

LEON. ¡Silencio! (*Durante toda esta escena y la siguiente no cesará de mirar con zozobra hácia el cuarto de Pablo.*)

SAB. ¿Qué ocurre?

LEON. ¡Chissst! Casimiro no ha venido, ni vendrá, que es lo peor.

SAB. Pues, ¿cómo? ¿Por desgracia se han vuelto á encontrar Pablo y él?

LEON. Precisamente. (Ella misma me dá pié.)

SAB. ¿De veras?

LEON. Como usted lo oye. En cuanto se vieron en libertad tornaron al Campillo de Manuela, y... ¡pin! ¡pan! ¡pun!

SAB. ¿Qué es eso?

LEON. Doña Sabina, ¿qué han de ser? Tiros de pistola.

SAB. ¡Qué! ¿Se batieron?

LEON. Como dos leones, de veras, no como yo.

SAB. ¿Y cuál de ellos resultó herido?

LEON. Ninguno.

SAB. ¡Gracias á Dios! ¡Qué fortuna!

LEON. Verdaderamente, fué una fortuna, espiró sin sufrir.

SAB. ¡Cómo! ¿Quién espiró?

LEON. El muerto.

SAB. Se supone; pero ¿quién es el muerto?

LEON. ¡Toma! El difunto, el cadáver...

SAB. Pero, ¿Pablo ó Casimiro?

LEON. Le diré á usted... (No sé á cuál matar )

SAB. Concluya usted, hombre de Dios...

LEON. (¡Ah! sí.) Quiero que usted lo adivine: no fué Pablo...

SAB. Entonces seria Casimiro...

LEON. ¡Qué penetracion la de usted, señora! Estoy asombrado.

SAB. Pero eso es imposible.

LEON. ¡Ah! ¿Le parece á usted imposible que un hombre muera de un balazo? Pues está usted en un error: es lo más fácil del mundo.

SAB. No digo tal cosa... ¡Pobre Casimiro! Pero, ¡qué desgracia para nosotras!

LEON. De seguro ha sido mayor para él.

SAB. Pero, ¿y Pablo? ¿Dónde está?

LEON. Ahí, en su habitacion, preparando la maleta para huir; pero nadie le ha visto.

SAB. Tampoco yo le quiero ver.

LEON. Se comprende.

SAB. Me darian horror sus manos tintas en sangre.

LEON. No, eso no; porque ya se las habrá lavado; además, que de un tiro...

SAB. Don Leon, por favor, que Milagro no sepa esta horrible desgracia. Que ignore siempre que, por ella, ha muerto un hombre.

LEON. Nada más fácil. No tenemos noticia de esto mas que usted y yo. De modo, que en callándonos nosotros...

SAB. Y usted callará, ¿no es cierto?

LEON. ¡Vaya! (Por la cuenta que me tiene.)

## ESCENA IX.

DICHOS y MILAGRO.

MIL. ¡Mamá!

LEON. ¡Señorita!

MIL. ¡Cómo! ¿Qué le pasa á usted?

SAB. ¿A mí?

MIL. ¿Qué cara es esa?

LEON. La de todos los dias. ¿Se figura usted que su mamá varía de cara como de traje?

MIL. Usted está muy triste; ¿á qué negármelo? ¿Qué ha ocurrido, don Leon?

LEON. Nada, nada de particular. (Es monísima.)

SAB. Sí, Milagro; algo, y algo grave, ha ocurrido: Casimiro no será ya tu esposo.

MIL. ¡Qué oigo! ¿De veras?

LEON. Como usted lo oye.

MIL. ¿Y por eso se apura usted? ¡Jesús! Pues yo me alegro muchísimo... Pero, ¿qué motivo ha originado ese rompimiento?... Digan ustedes.

LEON. Pues... (*Haciendo señas á doña Sabina para que hable.*) Pues... (No sé qué decirla).

SAB. Pues... en fin, ¿qué te importa?

LEON. Es verdad; ¿qué la importa á usted? (Una explicacion breve, en que yo no habia dado.)

MIL. Si he de decir la verdad, absolutamente nada.

SAB. Lo que te interesa, y precisa que sepas, es que esta noche partimos para Sevilla.

LEON. (¡Hola!)

MIL. ¡Cómo! ¿Tan pronto?

SAB. Nada nos queda que hacer aquí.

MIL. Pero, mamá...

LEON. Tiene razon doña Sabina. Y yo me ofrezco á acompañarlas á ustedes hasta su casa.

SAB. Mil gracias, don Leon; pero no debemos permitir que usted se moleste por nosotras.

LEON. Si no es molestia, si tendré tanto gusto...

MIL. Está usted muy fino, don Leon.

LEON. ¡Siempre! (Como no cuesta dinero.) ¡Además, me son ustedes tan simpáticas!

SAB. De todos modos...

LEON. Nada, nada: en España no pueden viajar las señoras solas, ¡hay tantos atrevidos! Y por otra parte, ¿quién sabe los servicios que podré prestar á ustedes?

SAB. Pero...

LEON. Es cosa arreglada.

SAB. Nada, si usted se empeña...

LEON. (Gané la partida.) (*A doña Sabina.*) Voy á despedirme de Pablo.

SAB. (*A don Leon.*) Como usted guste.

LEON. (*A Sabina.*) Al cabo fué mi amigo cuando aún no habia heredado.

SAB. (*A don Leon.*) ¿Eh?

LEON. (*A Sabina.*) Digo, todo me trabuco; cuando aún no habia matado á nadie.

MIL. (¿Qué hablarán?)

SAB. Dígale usted que no nos hable, que no nos vea.

LEON. (*A Sabina.*) Corriente. (*Alto.*) Hasta luego. (*A Milagro.*) A los piés de usted, señorita. (Ahora el último embuste á Pablo y me levanto con la limosna y con la santa.) (*Mútis.*)

## ESCENA X.

SABINA y MILAGRO.

(*Se sientan en un sofá.*)

MIL. Oiga usted, mamá; ¿nos iremos sin despedirnos de Pablo?

SAB. Sí; no pienso despedirme de nadie.

MIL. ¡Cómo! ¿Ni de Pablo siquiera?

SAB. De Pablo ménos que de otro alguno.

MIL. ¡Jesús! ¿Y por qué?

SAB. Porque sí.

MIL. No es una razon muy convincente, mamá.

SAB. Debe bastarte; máxime cuando añadiré que el mayor disgusto que puedes dar á tu madre, es el acordarte de Pablo.

MIL. ¡Cómo! ¿No decia usted que en caso de que se deshiciese mi boda con Casimiro...?

SAB. Han variado tanto las circunstancias, que si quieres complacerme, como espero, ya sabes lo que tienes que hacer.

MIL. Pero mamaita...
SAB. Déjame; es una resolucion irrevocable.
MIL. (¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy!)
SAB. (¡Pobre Casimiro!) (*Se oye una campana de las que se usan en las fondas para llamar á comer.*)

## ESCENA XI.

DICHAS y MARCELINO.

MARC. (*Con la campana en la mano.*) ¡A comer! ¡Ya está la sopa en la mesa!
SAB. Yo no tengo gana.
MIL. Ni yo tampoco.
MAR. (¡Qué tristes están! Ya lo saben.)
SAB. Entonces, no bajaremos al comedor: ¿á qué?
MAR. Hacen ustedes mal en no comer... Sobre que ya no tiene remedio.
MIL. ¿Cuál? ¿Qué hablas ahí?
SAB. ¿Qué dice este majadero?
MAR. No soy majadero, no, señora, que es verdad que lo sé todo.
SAB. (¡Dios mio!) ¿Tambien tú?
MIL. Pero, ¿qué sabes? Acaba.
MAR. ¡Toma! La verdad. (*Sabina le hace señas, que él no vé.*) Que su padre de usted ha quebrado, y que ahora son ustedes más pobres que yo.
SAB. ¿Qué dices? ¿Quién te ha contado eso?
MAR. Por una casualidad, y sin querer se lo oí á don Leon.
SAB. ¿Que se lo has oido á don Leon?
MAR. Sí, señora: ¿qué tiene de particular? Eso no puede quedar en secreto.
MIL. Pero, mamá, ¿no miente?
SAB. ¡Qué se yo! Me voy á volver loca.
MAR. No miento, no, señora.
SAB. ¡Jesús! ¿Si será cierto?

MIL. No te apures, mamá.

SAB. ¿Si será por eso por lo que don Leon nos quiere acompañar á Sevilla, y por lo que afirma que nos puede prestar grandes servicios?...

MIL. ¡Acaso!

MAR. Pero qué, ¿no sabian ustedes nada?

SAB. ¿Qué te importa? Véte.

MAR. Yo creí... Como estaban ustedes tan tristes...

SAB. Que te vayas he dicho.

## ESCENA XII.

SABINA y MILAGRO, despues LEON y PABLO.

MIL. ¿Pero no se habrá equivocado Marcelino?

SAB. No sé, hija mia; pero mucho temo que no; porque hoy es un dia aciago para nosotras; sin embargo, esperemos á don Leon y él nos sacará de dudas.

LEON. (*A Pablo dentro.*) Nada, que te espera en su casa, y que si no vas enseguida se acabará de convencer de que eres un cobarde.

PABLO. Le mato, Leon, le mato.

LEON. Sí, mátale como á un perro.

PABLO. En seguida vuelvo. (*Mútis.*)

LEON. Bien. (Y cuando vuelvas ya estamos nosotros en Aranjuez lo ménos.)

## ESCENA XIII.

DICHOS, menos PABLO.

SAB. (*Levantándose y yendo hácia él.*) ¡Gracias á Dios que podemos hablar con usted!

LEON. ¿Pues?

SAB. Don Leon, ¿por qué no nos dijo usted antes lo que sabia?

LEON. ¿Yo? (¡Cielos! ¿Si habrán olido algo?)

MIL. Justo. ¿A qué ocultarnos nada?

LEON. Pues les diré á ustedes... yo... yo... (¿Qué es lo que habrán averiguado?)

SAB. ¿No suponia usted que, al fin, habíamos de saber la verdad?

LEON. Sí, claro... pero á veces... (No sé que decir.)

MIL. Pero, mamá, ¿quién sabe? (*A don Leon.*) Hable usted, por favor; ¿es cierto lo que nos ha contado Marcelino?

LEON. Vamos por partes... (¡Cáspita! ¿Qué les habrá contado Marcelino?)

SAB. Nada, nada; cuanto antes nos cercioremos, mejor: diga usted, sí ó no.

LEON. (Por si acaso, negaré.) Pues no, no, señora: ¡qué ha de ser! ¿Quién hace caso de criados?

SAB. Como él asegura que se lo oyó á usted.

LEON. ¿A mí? ¿A mí? Yo le prometí á usted el secreto, y á nadie he dicho esta boca es mia. (Deben referirse al desafío.)

MIL. ¡Cómo! ¿Habia usted hablado con mamá de eso?

LEON. Sí, señora; se lo conté todo.

SAB. ¿A mí? Don Leon, usted está confundido.

LEON. ¡Ah! ¿Sí? Acaso, puede ser. (¡Vaya un lio!) ¿No se lo conté á usted? Vamos, pues se lo contaría á otra persona. Yo sé qué...

SAB. Lo que usted me refirió antes nada tenia que ver con esto de que ahora hablamos.

LEON. Pero, señoras mias, por favor, ¿me quieren ustedes decir de que hablamos ahora?

SAB. No se haga usted el inocente: el desinterés tiene sus límites.

LEON. ¿Yo? ¿desinterés? (¿Se estarán burlando de mí?)

MIL. Ya hemos averiguado, desgraciadamente, por qué usted se ofreció á acompañarnos á Sevilla.

LEON. (Caí en mis propias redes.) Señoras, me han calumniado,

y en cuanto coja á ese charlatan de Marcelino le corto una oreja.

SAB. ¿Por qué? ¿Pero usted ha visto más desgracias en un dia?

MIL. Y diga usted, ¿se ha resentido la salud de papá?

LEON. ¿Eh? (¡Vaya una pregunta!)

MIL. Porque eso seria lo peor.

SAB. Verdad. ¿Está bueno Simon?

LEON. Yo qué sé. (Esta gente está *guillati.*)

SAB. Cuando le dijeron á usted lo de la quiebra le podian haber dicho tambien...

LEON. ¡Ah!... Lo de la quiebra... Marcelino... sí.. comprendo...

SAB. ¿Qué?

LEON. Pues le diré á usted... (Me he salvado.) Comprendo que, efectivamente, al decirme lo de la quiebra, podian haberme dicho... Pero no, no señora, no he oido una palabra respecto á la salud de don Simon.

SAB. Pero, ¿quién le dió á usted esa terrible noticia?

LEON. Pues... (No sé á quién echarle el muerto.) No recuerdo ahora...

SAB. ¿No se acuerda usted?

LEON. ¡Ah! Sí, sí. Casimiro, Casimiro me la dió... *(A Sabina.)* Por supuesto, antes de...

SAB. Naturalmente. ¡Ay! ¡Cuánto le agradecemos á usted lo que hace por nosotras en esta ocasion! Hay pocos hombres tan generosos como usted.

LEON. Está usted equivocada; precisamente como yo hay muchos, la mayor parte. Además, que en mí no es generosidad todo, (Esta es la mia.) porque espero un premio.

SAB. ¿Qué premio puede usted esperar de una familia arruinada?

LEON. ¡Ah! Si ustedes fuesen ricas aun... (Aquí que no peco.)

SAB. ¿Qué?

LEON. No me atreveria, como me atrevo ahora, á pedir la mano de esta señorita.

MIL. ¡Dios mio!

SAB. ¡Don Leon!

LEON. Yo la adoraba en secreto; pero soy tímido como una paloma; sin embargo, hoy que con mi fortuna se puede reconstruir la de don Simon, me parece que el medio más decoroso de hacerlo...

SAB. Es verdad; no se puede llevar más lejos el desinterés.

LEON. Sí, señora, efectivamente; el mio va tan lejos, que se pierde de vista.

SAB. Nada, á Sevilla vamos; allí hablaremos. (*A Milagro.*) Supongo que á tí no te repugnará este enlace...

MIL. A mí...

LEON. Creo que soy bastante aceptable, señorita.

SAB. No extrañe usted su silencio; ¡es tan corta! Pero se casará, si es mi gusto, y el agradecimiento de ahora hará que el amor venga despues.

LEON. (Y aunque no venga, con tal que llegue el dote.)

SAB. Nada, á arreglar los equipajes enseguida. Al fin, le llevamos un consuelo á tu padre.

LEON. Sí, señora; un consuelo y un yerno, todo en una pieza.

SAB. ¿Quiere usted hacer el favor de enviar un camarero á que saque los billetes en la Central?

LEON. Con mucho gusto. (No me dá dinero.)

SAB. Prontito, ¿eh?

LEON. Enseguida. (Ya empieza á serme antipática mi suegra.)

SAB. Pues, gracias, y hasta luego. (*Mútis.*)

MIL. (*Que se habrá quedado atrás, á don Leon.*) Conste que yo no le quiero á usted. (*Mútis.*)

## ESCENA XIV.

LEON.

¡Hola! ¡Pues es buena cortedad la de la chica! ¡La tontuela!... ¡Como si á mí me importára algo su cari-

ño! Se casará usted conmigo y tres más... Pero vamos á mandar por los billetes y á comer algo, que ya es hora. (*Mútis.*)

## ESCENA XV.

MILAGRO y despues PABLO.

MIL. Aprovecharé este descuido de mamá. Necesito ver á Pablo. Quiero contarle lo que ocurre. (*Mirando desde la puerta la habitacion de Pablo.*) ¡Dios mio! No está aquí, y cuando vuelva tal vez nos habremos marchado ya... ¿Qué hacer?

PABLO. ¡Milagro! ¿Qué ocurre?

MIL. Dentro de dos horas salimos para Sevilla.

PABLO. ¿Tan pronto?

MIL. Y no es eso lo peor; lo peor es que, segun acaba de decirme mamá, antes de dos dias estaré casada.

PABLO. Lo que es eso no lo temas, porque donde encuentre á Casimiro le rompo un hueso.

MIL. No, por Dios; á Casimiro no le hagas nada.

PABLO. ¡Hola! ¿Le defiendes? Pues mira, en ese caso le romperé dos huesos.

MIL. No te sulfures, y óyeme.

PABLO. Bien, te oiré; pero sin perjuicio de romperle á Casimiro lo que me parezca.

MIL. ¡Jesús! Hombre, si ya no me quieren casar con Casimiro.

PABLO. ¿No?

MIL. Como lo oyes.

PABLO. Pues, ¿quién es el novio entonces?

MIL. Te vas á asombrar.

PABLO. Aunque me asombre, acaba.

MIL. Don Leon.

PABLO. ¿Leon? (*Se echa á reir.*) Vamos, esa es una broma de las de tu tierra.

MIL. No fuera malo.

PABLO. Pero, hija mia, ¿cómo pretendes que yo dé crédito á un disparate de ese calibre?

MIL. Sí, es la verdad, Pablo, la verdad.

PABLO. Aunque me lo jures no lo creo. ¿Leon casarse contigo? ¡Vamos que tiene gracia!

MIL. Pues yo no se la encuentro.

PABLO. Pero si eso es imposible. Mira, ni quieres tú, ni quiere él, ni quiere tu mamá, ni quiero yo... Con que, ya ves.

MIL. Pues te equivocas: mi mamá y él sí quieren.

PABLO. ¿Que tu mamá acepta un yerno semejante? ¿Se ha vuelto loca?

MIL. No; sino que le acepta porque... porque le necesita.

PABLO. ¿Le necesita? Pues qué, ¿le ha pedido dinero prestado?

MIL. ¡Sin pedírselo le ha visto tan desinteresado y tan generoso!

PABLO. ¿Generoso y desinteresado Leon?

MIL. Sí, sí.

PABLO. ¿Y no quieres que me ria? ¡Pues si no os falta más que encontrarle jóven y hermoso!

MIL. ¿Te burlas? ¡Bien se conoce que ignoras nuestra desgracia!

PABLO. No; lo que es si vais á emparentar con Leon, no es floja.

MIL. Escucha: mi papá ha quebrado.

PABLO. ¡Cómo! ¿Qué dices?

MIL. Y estamos arruinadas.

PABLO. ¿De veras? (¡Qué casualidad!)

MIL. Hé ahí por qué me casan con don Leon.

PABLO. Pero, hija mia; vosotras sois tontas, no conoceis á Leon: aun cuando él tenga intenciones de casarse contigo, en cuanto sepa lo de la quiebra renuncia á tu mano.

MIL. Estás en un error, porque precisamente cuando lo supo se la pidió á mamá.

PABLO. ¿Eh?

MIL. Lo que oyes.

PABLO. ¡Ah, tunante!

MIL. ¿Cómo tunante? No, una cosa es que yo no le quiera, y otra que le reconozca la buena intencion.

PABLO. Mira, dicen que el infierno está empedrado de buenas intenciones; pues la buena intencion de ese, ni para empedrar el infierno la admiten. Yo le daré á él.

MIL. Aquí está.

PABLO. ¡Cuánto me alegro!

## ESCENA XVI.

DICHOS y LEON.

LEON. (¡Uy, que encuentro más desagradable!)

PABLO. Ven acá, pillete.

LEON. (¡Serenidad!) Vamos, sin duda te ha dicho esta señorita que yo...

PABLO. Sí, me lo ha dicho todo, y te voy á arrancar una oreja, como debes figurarte.

LEON. Hombre, me guardas buen agradecimiento.

PABLO. ¡Ah! ¿Es que te debo de agradecer el que hayas intentado burlarme la novia?

LEON. Naturalmente.

PABLO. Me gusta.

LEON. Tambien á mí me gusta, y á cualquiera, porque es muy guapa.

MIL. ¡Don Leon!

LEON. Yo pretendí casarme con esta señorita, creyendo hacerte un favor, cuando supuse que tú renunciarias á su mano.

PABLO. ¿Y por qué supusiste semejante cosa, gran majadero?

LEON. Porque como tú ibas tras del dote...

MIL. ¡Dios mio!

LEON. Y ya no le tiene. (¡Chúpate esa!)

PABLO. No sé cómo le puedo oir sin estrangularle. (*A Milagro.*) Supongo que no le darás crédito.

MIL. No, no, de ningun modo.

LEON. Pues hace usted mal, muy mal, señorita.

PABLO. ¿Con que no te has contentado con inventar lo de la quiebra, sino que has pretendido explotar el embuste en tu favor?

MIL. ¡Cómo! ¿Es falso que mi padre ha quebrado?

PABLO. Falso de toda falsedad.

MIL. ¡Dios mio! ¡Qué alegría!

LEON. Se alegra usted demasiado pronto, jóven. Aquí no ha habido más que una coincidencia extraña. Yo pretendí engañar á quien tú sabes, no lo niego; pero sin sospecharlo, le iba á engañar con la verdad.

PABLO. ¿Con la verdad?

LEON. ¿Te figuras tú que he sido yo el que ha dicho á estas señoras lo de la quiebra?

PABLO. Claro que me lo figuro.

MIL. No, no; pues en eso te equivocas, Pablo.

LEON. ¿Eh? ¿Eh? ¿Qué dices ahora?

PABLO. ¿No ha sido él?...

MIL. ¡Quiá! ¡Si lo negaba!

LEON. Te apabullé, hijo, te apabullé.

PABLO. No acierto á comprender... No me cabe duda: aquí palpita otra intriga de ese miserable.

LEON. ¡Hombre, que trates tan injustamente á tu mejor amigo!

PABLO. Pues qué, ¿serias tú capaz de casarte con esta señorita si la creyeses pobre?

MIL. ¡Pablo!

PABLO. No te ofendas.

LEON. Sí, señora, ofendase usted, y yo tambien me ofenderé...

PABLO. ¿Tú?

LEON. Yo, que tengo mi alma en mi almario, como todo el

mundo, y que no he podido mirar con indiferencia las gracias de esta señorita.

MIL. Yo ya le he advertido á usted que no le quiero.

PABLO. ¿Qué tal?

LEON. Bien. Si eso, segun asegura mi señora doña Sabina, es cortedad.

## ESCENA XVII.

DICHOS y SABINA.

(*En traje de viaje y con el sombrero de Milagro en la mano.*)

SAB. (*Dentro.*) ¡Milagro! ¡Milagro!

MIL. ¡Dios mio! Mi mamá... Si llega á verme...

PABLO. Que te vea, ¿qué?

LEON. (¡Uy, aquí se va á armar la gorda!)

SAB. (*Saliendo.*) ¿Dónde estás? ¡Cómo! ¿Qué miro? ¿Tan pronto has olvidado mis órdenes?

LEON. (*Aparte á Sabina.*) ¡Energía, energía!

MIL. Es que encontré aquí á Pablo, me preguntó por usted, y yo, claro, ¿qué habia de hacer más que contestarle?

SAB. Debias haberte retirado, como si no le hubieras oido.

PABLO. Pues qué, señora, ¿la ha prohibido usted que hable conmigo?

SAB. Sí, señor.

LEON. (*Aparte á Sabina.*) No me descubra usted...

PABLO. ¿Qué oigo? ¿Y podré saber el motivo?

SAB. Don Leon, vea usted cómo se hace el desentendido...

LEON. (¡Cáscaras!)

PABLO. ¿Yo?

SAB. Qué cara pone de inocente, ¿eh?

LEON. Sí, sí. (Me va á comprometer.)

PABLO. ¡Cómo! Leon, ¿le has dicho acaso?...

LEON. No, hombre, no.

SAB. ¿Por qué negarlo? Sí, señor, me lo ha dicho á mí, y ha

hecho perfectamente.

PABLO. Pero, señora, despues de todo, ¿es bastante motivo ese para negarme el agua y el fuego?

SAB. ¡Todavía le parece poco!

PABLO. Creo yo que no merece pena tan dura una calaverada disculpable en la primera juventud.

SAB. ¿Disculpable? Es atrevimiento, don Leon.

LEON. (¡Qué afan de dirigirse á mí!)

SAB. Por calaveradas como esas hay muchas gentes en presidio.

PABLO. ¡En presidio! ¿Qué dice usted?

SAB. La verdad.

PABLO. Señora, á lo ménos en España á nadie llevan á presidio los ingleses.

SAB. Claro, los ingleses no; pero llevan los guardias civiles españoles.

PABLO. Quiero decir que en nuestro país no se prende por deudas.

LEON. (¡Bravo! Ahora se entrega él mismo.)

SAB. ¿Qué habla usted ahí?

PABLO. No negaré que debo á don Leon la cuarta parte de lo que él habrá dicho...

SAB. ¿Eh?

PABLO. Tampoco negaré que, dado su proceder, no pienso pagarle...

LEON. ¡Cáspita! (Aquí entro yo...) Me has herido en la fibra más sensible.

PABLO. Ya lo sé.

SAB. Pero, ¿qué es esto?

LEON. Has tomado el rábano por las hojas.

SAB. Es verdad. Don Leon no nos ha dicho nunca que usted le deba nada.

MIL. Cierto.

LEON. Ahí lo tienes, ya lo sabes. Ahora, si no me quieres pagar, no me pagues... (Que yo cobraré.)

SAB. Eso es generosidad.

PABLO. Me aturde lo que estoy oyendo.

LEON. De lo que dá mi mano derecha no se entera jamás mi mano izquierda.

PABLO. Pero se suele enterar el juez.

LEON. Eso es distinto: la escritura no prohibe que se les dé parte á los jueces; sólo habla de las manos.

PABLO. Pero, viniendo á lo que importa, si usted no sabia esto...

SAB. Que, entre paréntesis, me alegro mucho de saber ahora...

MIL. (¡Pobre Pablo!)

PABLO. Bien; pero, dígame usted: ¿por qué no permitia á su hija que hablara conmigo?

SAB. Porque sabia y sé lo otro....

PABLO. ¿Qué otro?

SAB. Lo de esta tarde.

PABLO. ¿Lo de esta tarde? Señora, ¿quiere usted decirme á qué se refiere?

SAB. ¡Y hace que lo ignora! Lo que es si no estuviera aquí Milagro, se lo echaria á usted al rostro de buena gana.

LEON. (¡Bendita sea la presencia de Milagro!)

PABLO. No, pues necesito saberlo.

LEON. (¡Cáspita!) *(Aparte á Sabina.)* Las siete y cuarto, doña Sabina.

SAB. Sí, vamos, vamos, que se hace tarde.

PABLO. No será sin decirme qué causa me ha perjudicado en el concepto de usted.

SAB. Pues no hay otro remedio, sea.

LEON, (¡Adios mi dinero!)

SAB. Retírate, Milagro... ¿Cómo quiere usted que le perdone esa muerte?

PABLO. ¿Qué muerte?

SAB. La de Casimiro.

PABLO. ¡Cómo! ¿Ha muerto Casimiro?

MIL. ¿Qué dice?

LEON. (*Aparte á Pablo.*) Sí, ¿no lo sabias? Ha muerto de una congestion cerebral.

SAB. ¿Y lo pregunta usted, su matador?

PABLO. ¿Yo?

LEON. (*Aparte á Pablo.*) Se empeña en que ha muerto, á causa del disgusto que tú le diste esta tarde.

PABLO. (*A Leon.*) Quita de ahí... Pero, doña Sabina...

SAB. No oigo... Milagro, don Leon, dejémosle... Vamos.

LEON. (Al fin, triunfé.)

## ESCENA XVIII.

DICHOS y CASIMIRO.

(*Al ir á salir se presenta Casimiro en el dintel de la puerta. Todos retroceden.*)

SAB. ¡Jesús!

MIL. ¡Mamá!

PABLO. ¿Qué es esto?

LEON. ¡Casimiro!

CAS. Señores, ¿por qué les sorprende á ustedes tanto mi presencia?

PABLO. Si acaban de decirme...

SAB. Pero, ¿no se ha muerto usted?

CAS. Me parece que no.

SAB. Conque, ¿fué leve la herida? ¡Me alegro por usted y por Pablo!

PABLO. ¿Por mí? ¿Qué tengo yo que ver con sus heridas?

CAS. Pero, doña Sabina, ¿tiene usted interés en que, ya que no difunto, esté herido por lo ménos?

SAB. Ninguno, Casimiro. ¡Por Dios! Pero como supe que le dejaron á usted por muerto.

CAS. ¿A mí? ¿Cuándo?

LEON. Las ocho ménos cinco, doña Sabina.

PABLO. (*A don Leon.*) Calla.

SAB. Cuando se batió usted con Pablo.

PABLO. ¿Conmigo?

CAS. Señora, yo no me he batido con nadie.

LEON. (¡Adios! ¡El trueno gordo!)

SAB. Pero, don Leon, ¿no me dijo usted?...

LEON. No recuerdo; me parece que sí...

PABLO. ¡Ah, tunante!

LEON. Me lo contaron, eso es, me lo contaron... y yo...

CAS. ¿Con que no se contentó usted con el embuste que me dijo á mí?...

PABLO. ¡Cómo! ¿A usted tambien? (*A Casimiro.*)

CAS. ¡Me dijo que habia quebrado don Simon!

SAB. ¡Ay, Casimiro! Eso es verdad, desgraciadamente.

LEON. (¡Uy, una tabla en qué salvarme!) Sí, señor, eso es verdad... muy verdad.

CAS. ¡Trapacero! Acabo de recibir un despacho, en que se desmiente ese embuste, del mismo don Simon.

SAB. ¿Qué dice usted? ¡Milagro!

MIL. ¡Mamá! (*Se abrazan.*)

CAS. Ahora no me contento con ménos que matarle á usted. (*A Leon.*)

PABLO. No, don Casimiro; eso corre de mi cuenta.

CAS. De ningun modo.

PABLO. Le digo á usted que sí.

LEON. Señores, no hay que regañar; con no matarme ninguno de ustedes, quedan los dos iguales.

SAB. ¡Vaya un rato que me ha hecho pasar ese hombre con sus embustes!

CAS. Y á mí; ¡miren ustedes que lo de la quiebra!

LEON. Le quebró á usted por el espinazo.

CAS. ¿Todavía? (*Yendo á él.*)

SAB. Nada, nada; ya que tenemos sacados los billetes...

LEON. Sí, señora; aquí están. (*Se los da.*) (Que no lo pierda todo.)

SAB. ¡A Sevilla! Que Simon disponga de tu mano como mejor le parezca.

MIL. ¿Qué hora es, don Leon?

LEON. No lo sé. (¡Qué graciosa!)

PABLO. Pues yo les acompaño á ustedes.

CAS. Y yo tambien.

SAB. No hay inconveniente. (*Sacando dinero.*) Tome usted, don Leon.

PABLO. ¡Alto! Eso corre de mi cuenta. Dáme el billete que habias sacado para tí; ¡sobre que te quedas!

LEON. Es verdad: toma. (*Se le dá.*)

PABLO. Apunta los tres.

LEON. ¡Cáspita!

PABLO. Ahora, tome usted su talon intacto, y pague á Leon cuando quiera.

LEON. ¡Pablo!

PABLO. Tómele usted.

CAS. Venga. Es la mejor venganza que puedo tomar.

LEON. ¡Dios mio! Dí, Pablo, ¿te apunto á tí tambien eso?

PABLO. Sí, hombre, sí.

LEON. Sean ustedes testigos.

PABLO. Sobre que no te he de pagar ni esto ni lo otro.

LEON. ¡Buen chasco te llevas! ¡Te tengo cogido!

PABLO. ¿A mí?

LEON. Sí; ha muerto tu tio Frutos.

PABLO. ¿Y qué?

LEON. Que ha dejado todos sus bienes, ¡míralo! á D. Pablo Carreras y Tonel.

PABLO. ¿A mi primo? No me sorprende; siempre le quiso más que á mí.

LEON. ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Tu primo?

PABLO. Sí, hijo, sí: Pablo Carreras y Tonel; yo soy Pablo Carreras y Barril.

LEON. ¡Dios mio!

SAB. Ha estado bueno.

CAS. Tiene gracia.

LEON. ¡Pues no dice que tiene gracia!

PABLO. Me alegro de que mi tio me haya desheredado, porque no cobres.

SAB. Vaya, vaya, señores, al tren, que es tarde.

PABLO. Andando... Pero un instante. Leon, despídete del público, hijo.

LEON. ¡Pues no me faltaba más que eso! Aunque, espera; perdido por mil, perdido por mil y quinientos.

(*Al público.*)

Pues que has visto de qué modo
dejan mi bolsa extenuada,
otórgame una palmada,
porque no lo pierda todo.

FIN.

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

*De incógnito* (1), juguete cómico en dos actos y en prosa.
*Los amigos de Benito* (2), juguete cómico en un acto y en prosa.
*Específico moral*, comedia en un acto y en verso.
*Vestirse de ajeno*, juguete cómico en un acto y en prosa.
*Vencer por sorpresa*, comedia en un acto y en verso.
*Entre dos fuegos*, juguete cómico en un acto y en prosa.
*Al maestro cuchillada*, comedia en un acto y en verso.
*Del error á la mentira*, juguete cómico en dos actos y en prosa.
*Herir en lo vivo*, comedia en un acto y en verso.

---

(1) Con la colaboracion del Sr. Segovia Rocaberti.
(2) Con la colaboracion del Sr. Sanchez Ramon.

# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.